

DR. JORGE A. DIAZ
Caracas.

REFLEXIONES SOBRE EL SENTIDO DE LA FILOSOFIA EN VENEZUELA *

* Trabajo presentado en las
PRIMERAS JORNADAS SOBRE LA ENSEÑANZA Y LA
INVESTIGACION DE LA FILOSOFIA
EN VENEZUELA. Maracaibo, 26-27- 28 de Marzo de 1980

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSOFICOS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION

Cuando nos preguntamos por el sentido que pueda tener la filosofía dentro del contexto venezolano, o más ampliamente dentro del contexto latinoamericano, parece que la cuestión sobre lo que es la filosofía ya estuviera resuelta de antemano y sólo restara preguntarse por su sentido dentro de una sociedad determinada. Pero en realidad habría que comenzar por definir lo que entendemos por filosofía, así como también lo que puede significar en esta pregunta el contexto venezolano o latinoamericano. Y ambos términos, la filosofía y Venezuela o Latinoamérica, son ampliamente cuestionables y dignos de crítica, si no queremos partir ingenuamente de conceptos dados que distan mucho de ser claros y se prestan a malentendidos, conduciéndonos a disputas estériles por emplear términos de gran equívocidad.

Con el fin de delimitar el campo sobre el cual podemos centrar la discusión, nos referiremos únicamente al primero de dichos problemas; al de saber lo que entendemos por filosofía, sin entrar a discutir, por el momento, lo que signifique precisamente Venezuela o Latinoamérica. No por que esta segunda pregunta la consideremos ya resuelta, sino para precisar el sentido de las reflexiones que nos proponemos presentar en este debate.

Si nos volvemos hacia la tradición en búsqueda de orientación, vemos que la filosofía ha sido entendida desde su creación, en la Grecia clásica, como una búsqueda sistemática de las últimas razones de lo real. Si tomamos estos términos en su significado más amplio, podemos constatar que este sentido de filosofía se encuentra efectivamente presente en todas las grandes corrientes del pensamiento occidental. No solamente los grandes metafísicos del pasado, desde los presocráticos hasta los medievales, se orientaron por esta línea en sus reflexiones filosóficas, sino que el mismo significado de filosofía lo podemos encontrar en los críticos más atrevidos de la tradición filosófica de occidente. Esto nos aparece claro en Heidegger, con su pregunta por el ser y con su crítica a toda la metafísica tradicional precisamente por haber "olvidado el ser". Se hace patente igualmente en Nietzsche, quien niega un sentido último a la verdad, precisamente porque su reflexión se yergue contra todo sentido último. Y se hace presente en la misma filosofía neopositivista, que llega a negar la posibilidad de proposiciones metafísicas por su falta de consistencia lógica.

Todo ello no quita que la filosofía se arraigue en la realidad concreta, pues precisamente es de esa realidad concreta de la que pretende buscar su sentido o su fin último. Por ello el marxismo y las teorías críticas de la sociedad pueden muy bien ser consideradas filosofía, al cuestionar el sentido del obrar humano en sociedad o de la sociedad como lugar donde este obrar adquiera consistencia real.

Ahora bien, esta búsqueda de sentido lleva en su seno un peligro latente de superficialidad, cuando se presupone demasiado pronto que dicha realidad ha sido determinada cognoscitivamente. Es muy fácil, para el filósofo, pretender hablar del hombre de la sociedad, del mundo o de la historia, sin haber elaborado penosamente el contenido de tales conceptos.

Se cae entonces en el "diletantismo" de quien se cree con el derecho de pontificar sobre temas de los cuales sólo posee un somero y vulgar conocimiento, que más bien debería llamarse ignorancia. Peligro este que se acrecienta cuando a la ignorancia sobre el tema en cuestión se añade la falta de un instrumental de conceptos y una metodología de trabajo, que sólo puede adquirirse en la familiaridad con los esfuerzos que otros pensadores han aportado a esta larga tarea colectiva.

"Se acepta —decía Hegel con sorna—, que para elaborar un zapato uno tiene que haberlo aprendido y practicado, aunque todos tienen la medida del mismo en su pie y las manos con su natural habilidad para realizar el trabajo. Pero para la filosofía no parece ser necesario el mismo estudio, aprendizaje y esfuerzo" (ENC. & 5 nota).

Aceptado esto, es imposible realizar una fecunda tarea de reflexión filosófica sin haber interiorizado suficientemente los aportes de la tradición. Querer iniciar entre nosotros la actividad filosófica con prescindencia de Europa y, en cierta medida, de los Estados Unidos, es nacionalismo empobrecedor que nos condena a cometer los mismos errores del pasado y a descubrir en Macondo que la tierra es redonda. Aquí vale muy bien el dicho de que quienes olvidan la historia están condenados a repetirla. Por ello, sea dicho de paso, el conocimiento de lenguas extranjeras es un instrumento fundamental para quien no quiere arriesgarse a permanecer dentro de los límites estrechos del provincianismo.

pero este respeto y aprovechamiento de la tradición no puede confinarse a los límites de la literatura extranjera; es necesario romper el cerco que nos aísla dentro de nuestro propio mundo hispánico y latinoamericano.

Vale la pena recordar a este propósito la ponencia presentada por el filósofo brasileño Antonio Paim, en el Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en Caracas en 1977. Paim anotaba que Brasil ha superado ya la etapa en que se cuestionaba obsesivamente por la originalidad de un pensar autóctono. La labor filosófica brasileña ha logrado, a su parecer, no solamente enraizarse en una historia que viene desde la Colonia y que ellos han conseguido revivir y conocer concienzudamente, sino que ha emprendido un trabajo pluralista, en el cual diversas corrientes, metodologías y horizontes filosóficos compiten por colaborar en una tarea común que sobrepasa los límites de una escuela o corriente de pensamiento. Preguntémosnos por un momento qué sabemos nosotros de la producción filosófica en los demás países de nuestro continente. ¿No despreciamos demasiado rápidamente a nuestros escritores en lengua española? Me permito señalar, a manera de ejemplo, la valiosa colaboración bibliográfica que ha venido haciendo, a lo largo de varios años, la revista *Pensamiento*, de Madrid. Allí podemos encontrar toda, o casi toda, la producción filosófica en español, tanto en libros como en artículos de revista, así como las traducciones. Este material debería ser una de nuestras fuentes bibliográficas cuando emprendemos una labor de investigación o de docencia. ¿No es acaso muy significativo el que las principales revistas filosóficas que se publican en América Latina sean casi desconocidas y de tan difícil obtención? Es cierto que en los últimos años y en parte, desgraciadamente, por causa de los gobiernos militares que han asolado nuestra geografía continental, hemos empezado a conocernos mejor los latinoamericanos, a intercambiar información y a tomarnos un poco más en serio los unos a los otros.

Tal vez en este fenómeno del despertar de nuestra conciencia filosófica latinoamericana hay un elemento que debe ser considerado con especial atención. Nos referimos al fenómeno de la llamada "filosofía de la liberación", sobre el cual tuvimos ocasión de escuchar muy variados comentarios y análisis en el Congreso de Caracas, del cual hicimos mención anteriormente. En las actas de dicho Congreso se encuentra material interesante al respecto. Quisiéramos referirnos a dos ponencias muy heterogéneas, que nos aportan ideas al tema sobre el cual giran nuestras reflexiones. La del costarricense Eliam Campos y la de Horacio Cerrutti, profesor en la Universidad de Cuenca, Ecuador.

La primera de ellas es un ejemplo del nacionalismo provinciano al cual nos referimos anteriormente. Pretende Campos que la única filosofía auténtica entre nosotros es la que estudia, o "el pensamiento filosófico estrechamente ligado a concepciones políticas o religiosas de nuestros antepasados indígenas", o "el pensamiento de quienes... han planteado la

necesidad de la liberación de nuestro pensamiento filosófico" (La filosofía en América, 174). Ello equivale a sentar como dogma que cualquier reflexión filosófica que no tematice expresamente el problema de la dominación de nuestros países está condenada de antemano a ser una ideología que oculta y legítima la explotación de nuestros recursos naturales y humanos. Tal postura le concede a la reflexión filosófica un papel revolucionario que está muy lejos de poseer, cayendo en un idealismo sospechoso; a la vez que convierte lo que el autor, con todo su derecho, considera como la tarea primordial de nuestros pueblos. En la única tarea legítima para la reflexión. Como lo formula sabiamente Cerrutti, "es la ingenuidad típica de los intelectuales que piensan en el comienzo de los procesos cuando ellos los conocen" (id., 190).

Ahora bien, si la exageración de decretar la dominación como único tema permitido a un pensar auténtico latinoamericano es inaceptable por simple motivo de honradez filosófica, no podemos negar que la filosofía de la liberación ha significado un llamado a la conciencia de nuestros pensadores para tematizar los problemas que nos acosan como pueblos. Y este llamado debe ser tomado en serio como un aporte más en la tarea de buscarle sentido a la realidad. En esta dirección se desenvuelven las consideraciones de Cerrutti, quien distingue dos corrientes, al menos, dentro de esta dirección general. Por una parte la tendencia populista, que llegó, en algunos de sus representantes, hasta afinar sus esperanzas "liberadoras" en el peronismo. Por otra, la tendencia crítica, que se propuso superar la etapa historicista o historiográfica, para situar a la realidad latinoamericana en el centro de su preocupación filosófica. Aunque el mismo autor señala que "esta tentativa intelectual parece haberse esterilizado en su productividad" (id., 190), no se le puede negar su esfuerzo por determinar las relaciones entre el pensar filosófico y la realidad de nuestros pueblos.

Sin embargo esta misma filosofía, en lo que puede tener de más valioso, está profundamente enraizada en la tradición filosófica. Por ello crítica Cerrutti a la corriente populista por no haber comprendido "la solución que se había propuesto con toda lucidez a fines de la década del 50, en cuanto hace el lenguaje y a la tradición filosófica europea que, en definitiva, es el instrumento irrechazable de nuestra liberación y desarrollo mental" (id., 191).

De todas estas reflexiones quisiéramos concluir con dos ideas que tratan de recoger el contenido fundamental de la ponencia, y que planteamos a la discusión:

1) La tarea filosófica, más que una búsqueda de la verdad, debe plantearse como una determinación de sentido. No se trata de buscar algo que podría llegar a poseerse un día, la verdad, y que me permitiría trazarle pautas y señalar metas únicas a la reflexión filosófica ajena. Lo que pretendemos, quienes participamos en esta empresa colectiva que es el filosofar, es fundamentalmente aportar nuestras luces para esclarecer el sentido que deba poseer nuestra realidad. Pero como este sentido no es algo dado, sino algo que nosotros mismos debemos darle a la realidad, será necesario que todos participemos y cada uno colabore en la medida de su capacidad y de su voluntad de trabajo. La única condición es la de buscar sinceramente y sin aborrazarse trabajo en esta empresa común. Una de las razones de que todavía no exista entre nosotros una filosofía suficientemente auténtica es que, como decía en cierta ocasión García Bacca, "no nos lo hemos merecido aún con nuestro esfuerzo".

2) La segunda idea que consideramos importante: recalcar es la necesidad de un pluralismo fecundo, que permita a las diversas orientaciones filosóficas dialogar a partir de su propio horizonte, sin encerrarse dentro de sus límites siempre estrechos. Todo dogmatismo encubre una profunda debilidad conceptual. Quien no permite ser cuestionado en las raíces mismas de su pensar, está condenado a la esterilidad y ha perdido el impulso original que lleva al hombre a ejercer la labor filosófica.

Caracas, Febrero 1980